

son funestas luego... Y es hijo único; no se le debe apresurar. En casa queda trabajando... ¿verdad que es una alegría muy grande tener un hijo tan inteligente y tan estudioso?

VENTURA

No sé cómo te las arreglas, pero en ti es alegría todo.

FOUCIÑOS

No tengo ni pretexto para disgustarme.

VENTURA

¿Qué has de tener?... Como que tú no eres un hombre: eres una pandereta.

FOUCIÑOS

Riendo.

Está bien... lo contaré en casa... Venturita me llama pandereta... ¡Qué diablo de Venturita!

ESCENA VI

DICHOS Y ANDREA

Por la derecha.

ANDREA

Buenas tardes.

FOUCIÑOS

Felices, Andrea. Su marido de usted y yo vamos a dar un paseito, a reverdecer nuestras mocedades viendo muchachas.

ANDREA

¿Tú vas a salir?

VENTURA

Le acompañaré...

ANDREA

¿No aguardas a Jimeno?

VENTURA

Caramba, Fouciños, tendrás que dispensarme.

FOUCIÑOS

¿Dispensarte? Si esta dificultad llega admirablemente, porque me permite ir un momento a corregir pruebas.

ANDREA

¿Algún librito?

FOUCIÑOS

Sí, señora; le dedicaré a usted un ejemplar.

VENTURA

Te gustará mucho. Y tú, que eres tan aficionada a no leer, en cuanto veas números...

ANDREA

¿Por qué no escriben ustedes novelas? Son más bonitas.

FOUCIÑOS

Puede, puede que me anime... ¿Vuelvo y salimos los tres?

VENTURA

Como quieras.

FOUCIÑOS

Convenido. Ya está hecho el encarguito, señora; me lo enviarán de Murcia, y el día de las bodas de plata de ustedes la obsequiaré con el canario más hermoso que ha visto usted en su vida.

ANDREA

Siento que usted se moleste.

VENTURA

Fouciños, ¿cuántos canarios hay en Murcia?

FOUCIÑOS

No sé.

VENTURA

Llevas muy descuidadas las estadísticas.

FOUCIÑOS

Si tienes curiosidad, lo averiguo.

VENTURA

No es menester. Hay tres mil quinientos veintiocho.

FOUCIÑOS

¿De veras?

ANDREA

No haga usted caso; es una broma.

VENTURA

No, hombre, no; hay tres mil quinientos veintisiete.

FOUCIÑOS

Antes has dicho quinientos veintiocho.

VENTURA

Es que se ha muerto uno esta madrugada... y me telegrafiaron.

FOUCIÑOS

Riendo.

Bien, Ventura, bien... ¿Te estás burlando de mí?

ANDREA

No se incomode usted.

FOUCIÑOS

No, señora; si yo no me incomodo nunca.

ANDREA

¿Nunca?

FOUCIÑOS

¿Para qué? No, señora. ¿Que gastan una broma? Pues tienen buen humor. ¿Que me pisan en la calle? Pues habrá sido sin querer; ¿qué gusto sacarán de pisarme con intención?

ANDREA

Tiene usted un genio envidiable.

FOUCIÑOS

El mío es el mejor, y el de ustedes también es muy bueno.

VENTURA

Mereces toda mi admiración, Fouciños.

FOUCIÑOS

Si vieras qué fácil es el estar contento.

VENTURA

Ya lo creo.

FOUCIÑOS

¿Quedamos en que vuelvo a buscarte?

VENTURA

Vuelve.

FOUCIÑOS

Adiós, doña Andrea.

ANDREA

Adiós, don Ramón.

FOUCIÑOS

Que Ramón es apellido, señora. José Ramón Fouciños.

ANDREA

¿Y Fouciños también?

FOUCIÑOS

También.

ANDREA

Pues tampoco lo parece.

FOUCIÑOS

La gente se ha empeñado en hacerlo nombre y me llaman don Ramón. Tiene gracia, ¿eh?

VENTURA

No es una gracia exagerada, pero, vamos...

FOUCIÑOS

Me divierte más esta confusión.

ANDREA

Y sin confusión se divierte usted lo mismo.

FOUCIÑOS

Probablemente, probablemente. Hasta luego, Venturita.

VENTURA

Hasta luego, Fouciños.

Mutis Fouciños por la izquierda.

ESCENA VII

VENTURA Y ANDREA

ANDREA

Este buen señor es feliz.

VENTURA

Porque quiere serlo.

ANDREA

¿No estará un poco chiflado?... Siempre risueño, siempre alegre, siempre bondadoso...

VENTURA

El gran secreto de los hombres es la bondad, pero muchos se complacen en guardar el secreto. ¡Torpes!

ANDREA

Ni aun en eso es prudente la exageración. En este mismo Fouciños puedes verlo; por demasiada dulzura, por debilidad, tiene ese hijo sin carrera ni oficio.

VENTURA

Lo peor que les ocurre es que el padre está convencido del talento del hijo.

ANDREA

Y el hijo está convencido de la admiración del padre. Un muchacho que no es tonto, pero no será nunca nada. Créeme, Ventura, a los hijos quererlos, pero no consentirlos; la severidad es indispensable.

VENTURA

Eso sí que no. Para amansar un gato le acaricias y le das terrones de azúcar... ¿para educar un hijo severidades y palos? Nunca, Andrea, nunca.

ANDREA

Es que sin el temor, en las circunstancias difíciles se rebelan.

VENTURA

También estás equivocada. Si no hubiera déspotas, no podría haber rebeldes.

ANDREA

Si fueses el jefe de una provincia, qué a gusto vivirían los bandidos con tu sistema de suavidades.

VENTURA

Ese es otro error. No hay bandidos.

ANDREA

¿Ni animales dañinos?

VENTURA

Ni animales dañinos. En el mundo, la única fiera es el hambriento.

ANDREA

Sin embargo, yo no quisiera encontrarme un lobo en mi camino.

VENTURA

¿Pero no temerías encontrarte un perro?

ANDREA

No es lo mismo.

VENTURA

Lo mismo. El lobo es un perro que no tiene que comer; como el bandido es un hombre a quien los hijos piden pan... y en la desesperación, hijos y cachorros son iguales.

ANDREA

Qué exagerado eres...

VENTURA

Dulzura, Andrea, dulzura, y de vez en cuando, caridad... Ya ves que no exagero.

ESCENA VIII

DICHOS, REMEDIOS Y SEBASTIÁN

Por la izquierda.

REMEDIOS

Ave María Purísima. ¿Se puede?

ANDREA

Remedios...

VENTURA

¿Cómo tú por estos Madriles, padre Sebastián?

REMEDIOS

Ha pasado una temporada malucho en el Seminario y viene a reponerse unos días.

VENTURA

¿Recibirás las órdenes este verano?

SEBASTIÁN

Con la gracia de Dios, espero recibirlas.

ANDREA

Siéntate.

VENTURA

Mira, sobrino, lo primero es cuidar esa salud.

REMEDIOS

Lo primero, después de los sagrados estudios.

ANDREA

¿Estás contento de tu carrera?

REMEDIOS

¿No ha de estarlo? Entusiasmadísimo, ¿verdad, Sebastián?

SEBASTIÁN

Verdad, madre.

VENTURA

Sintiendo vocación, es la más hermosa. En cambio, como oficio o profesión me parece...

REMEDIOS

Te agradeceré mucho que no digas lo que te parece.

VENTURA

Bueno.

ANDREA

A Sebastián.

Tú siempre demostraste inclinación.

REMEDIOS

Siempre. Dios me concedió el inmenso favor de despertar en mi hijo estos sentimientos.

VENTURA

Y Dios tampoco se quejará de su representante en la tierra, porque tú no le hablas a Sebastián más que de santos y de curas.

REMEDIOS

¿Hago mal?... Cuando me casé con tu pobre hermano (q. s. g. h.) ya nos dijo mi tío Antonio, obispo de Almería, entonces Provisor en Toledo: «Si tenéis un hijo y le dedicáis a la Iglesia, contad conmigo.»

ANDREA

Ya viene de lejos tu vocación, padre Sebastián.

VENTURA

Desde el previsor Provisor, hoy Antonio, obispo.

REMEDIOS

Fué profético.

VENTURA

Sí; el tío, prelado, y el sobrino, cura; es una profesión como la del ladrón a quien le vaticinan la Guardia civil.

REMEDIOS

Desde que me quedé viuda dediqué mi vida a preparar a este hijo para los santos benefi-

cios que le aguardan, y muy pronto he de ver colmadas mis ilusiones. Sebastián cantará misa este verano.

VENTURA

¿Y tú qué dices?

SEBASTIÁN

Que seré muy dichoso viendo feliz a mi madre.

REMEDIOS

Es mi sueño dorado.

VENTURA

¿Y el tuyo?

REMEDIOS

¡Naturalmente! ¿Verdad, Sebastián?

SEBASTIÁN

Humilde.

Naturalmente.

REMEDIOS

Obedeciendo, cumple su obligación de hijo, y además tiene recompensa; toda su carrera tuvo una beca; en cuanto reciba órdenes, su tío le nombrará camarero suyo, y tal vez muy pronto será canónigo.

SEBASTIÁN

Madre...

ANDREA

¿Por qué no has de ser canónigo?

VENTURA

¿Por qué no lo has de ser?

REMEDIOS

¿Y quién sabe el destino que le espera? Quizás algún día, como tu tío, llegues a ceñir la mitra...

SEBASTIÁN

Protestando.

Madre...

ANDREA

¿Por qué no has de llegar?

VENTURA

Sí, hombre, sí; ¿por qué no has de llegar?
¿Qué trabajo te cuesta?

REMEDIOS

Y continuando virtuoso y digno, quién sabe
si alcanzarás a ser un santo...

SEBASTIÁN

Con enojo.

¡Madre!...

VENTURA

Yo me alegraría mucho. Serías una gran re-
comendación para el cielo, que falta nos hace.

REMEDIOS

A todos.

ESCENA IX

DICHOS Y DANIELA

Por la derecha.

DANIELA

Tía Remedios...

Se abrazan.

Primo Sebastián, respetabilísimo padre Se-
bastián... ¿cómo te va?

Intentando abrazarle.

SEBASTIÁN

Retrocediendo.

Daniela...

DANIELA

¿No quieres abrazarme?

SEBASTIÁN

Perdona, prima Daniela.

Dándole la mano.

¿Cómo estás?

DANIELA

Comprendo que te negaras tratándose de un abrazo entre novios.

ANDREA

Eso es lo que no debías comprender.

DANIELA

Pero entre familia, con el cariño y la franqueza que hubo constantemente...

REMEDIOS

Dispénsale, Daniela.

DANIELA

Encogiéndose de hombros.

Dispensado.

VENTURA

Padre Sebastiancete, no creí que tuvieras tanta picardía para maliciar hasta de lo inocente.

SEBASTIÁN

No lo he rechazado por malo...

VENTURA

Pues por bueno eres un tonto.

REMEDIOS

Yo le he aconsejado que evite ciertas expansiones...

VENTURA

Haces perfectamente, y cuando quieras, a este muñeco sin voluntad y sin fibra, lo doblas y lo guardas en la cómoda. Allí estará más seguro.

REMEDIOS

Más vale que se deje guiar por mí.

VENTURA

Cierto, pero pobre de ti, mejor dicho, pobre de él si algún día le dan sus nervios la sacudida inevitable de la juventud y de la sangre.

SEBASTIÁN

¡Tío Ventura!...

VENTURA

¿Qué te pasa, sobrino?

SEBASTIÁN

No hable usted así, que se disgusta mi madre...

VENTURA

Es que tu madre hace mal; ya se lo he dicho muchas veces: hace mal en imponerte ese yugo sin que antes tu propia experiencia te encamine por él.

REMEDIOS

¡No blasfemes!...

ANDREA

¿Por qué dices esas cosas, Ventura?

VENTURA

Va a resultar que yo soy el único que quiero a este muchacho.

ESCENA X

DICHOS, JIMENO Y CONSUELO

Por la izquierda.

JIMENO

Dispensa que te haya hecho esperar.

VENTURA

Después de tantos años de amigos y de compañeros, ¿no ibas a tener franqueza para pedir favor tan insignificante?

Jimeno saluda a las señoras.

CONSUELO

Después de besar a Daniela

Sebastián... ¿ya es usted cura?

SEBASTIÁN

Aún no.

DANIELA

Pero como si lo fuera.

SEBASTIÁN

Aún no.

CONSUELO

¿Va usted a colgar los hábitos?

SEBASTIÁN

No, no... no. Jamás le causaré esa pena a mi madre.

ANDREA

¿Quieren ustedes pasar a mi cuarto? Porque el señor Jimeno ha de hablar una palabra con Ventura.

JIMENO

Y con usted cuando sea posible.

REMEDIOS

Nosotros nos vamos.

ANDREA

¿Qué prisa tienes? ¡Quédate!

REMEDIOS

No; ya volveremos.

ANDREA

Como queráis. Adiós, Sebastián...

VENTURA

Perdona si me acaloro algo y digo lo que no te agrada.

REMEDIOS

Lo que dices aún puedo perdonarlo; lo que te quedas pensando seguramente sera más abominable.

VENTURA

Seguramente. Te juro que aciertas.

Vanse Daniela y Consuelo
por la derecha y Remedios y
Sebastián por la izquierda.

ESCENA XI

ANDREA, VENTURA Y JIMENO

JIMENO

Dispensen ustedes la molestia, pero ustedes son amigos míos y necesito oír su opinión y su consejo.

VENTURA

¿Piensas seguirlo?

JIMENO

Allá veremos. Como ustedes saben, yo soy viudo. Viudo desde hace doce años.

ANDREA

No se dé usted tono, Jimeno, que ese no es mérito de usted.

VENTURA

Fué una desgracia.

JIMENO

Bueno, pongamos que fué una desgracia.

ANDREA

Evidente.

JIMENO

Bueno; pongamos que fué evidente. Y haga usted el obsequio de no cortarme el hilo para que no se pierda el ovillo.

ANDREA

¿Sigue usted tan cascarrabias?

JIMENO

Yo, sí, señora; ¿y usted?

ANDREA

Yo no.

JIMENO

Bueno. Me quedaron dos hijos: un niño y una niña.

ANDREA

Un matrimonio.

JIMENO

No señora, porque son hermanos. Una parejita. Como era mi deber, los he cuidado desvelándome por ellos. De entonces acá, los chicos han crecido.

VENTURA

Es maravilloso... eso sólo ocurre en tu casa.

JIMENO

Me parece que es natural...

VENTURA

Pues entonces no lo digas; ya nos figuramos que de doce años acá los chicos habrán crecido.

JIMENO

No he regateado un trabajo mío para que ellos tuviesen una comodidad más: he renunciado a mis diversiones para atenderles mejor. Mi casa y mi oficina: no hubo otro mundo. Creo que soy su padre.

ANDREA

Y si no lo creyese usted, sería una ofensa a la memoria de aquella santa mujer.

JIMENO

Y a la mía. Pero no voy por ese lado.

VENTURA

En esto le doy la razón a Jimeno; los padres empiezan a serlo después de que los hijos han nacido.

JIMENO

El que los cuida los atiende...

ANDREA

¿Y el que no los cuida no es nada?

VENTURA

Es el marido de la madre: muy poca cosa para un hijo.

JIMENO

Ahora díganme ustedes: después de mis sa-

crificios, de haber vivido esclavizado, de agotar mi vida para que la de ellos fuese honrada y tranquila, ahora que no les hago falta, ¿es justo que se desliguen de mí, y que me echen a un lado como trasto roto, como viajero que no trae regalo, como enfermo que no deja herencia?

ANDREA

No es justo.

JIMENO

¿O está más en el orden que yo les imponga mi voluntad?

VENTURA

Aún no te comprendo.

ANDREA

Yo, sí.

VENTURA

Tú tampoco; pero, como siempre, te figuras que entender algo es haberlo entendido todo. Continúa, Jimeno, para que yo me entere.

JIMENO

La situación mía es la siguiente: de la chica no tengo queja, porque atemorizada con lo que ha visto en su hermano...

VENTURA

¿Atemorizada?... Entonces es la chica quien tiene queja de ti.

ANDREA

Pensarás que todos son como tú, unos padrazos.

VENTURA

Menos mal que de esta vez salió suave el vocablo.

JIMENO

Consuelo se ha persuadido de que conmigo no sirven desplantes ni lagrimitas hipócritas...

VENTURA

Eres muy sabio, Jimeno.